



HOMILÍA
MIÉRCOLES SANTO/2023
RECTORÍA INMACULADA CONCEPCIÓN, CABIMAS.

Muy queridos hermanos:

El Miércoles Santo es el último día de la Cuaresma en el que conmemoramos al Nazareno: el Cristo que sufre camino al Calvario. Dios mediante, mañana iniciaremos el Triduo Pascual.

El Evangelio que acaba de ser proclamado pone a nuestra consideración la figura de Judas, el Iscariote, el traidor. El relato evangélico nos coloca ante la triste escena de la traición de un hombre, que, después de una noche de oración, Jesús lo invitó a formar parte del Colegio Apostólico. Permítanme en este momento centrar la reflexión de este día en este personaje que causa entre los cristianos una reacción instintiva de reprobación y condena.

¿Quién era Judas? ¿Cuál es el origen del apelativo Iscariote?

Un apóstol, elegido por Dios, encargado de llevar la administración del Colegio Apostólico.

Sobre el apelativo Iscariote se han dado varias hipótesis:

- Algunos dicen que significa hombre de Keirot, aludiendo a su pueblo de origen, situado cerca de Hebrón.
- Otros lo interpretan como una variación de término sicario, como si aludiera a un guerrillero armado de puñal.
- Por último, algunos ven en se apodo la simple transcripción de una raíz hebreo-aramea que significa “el que iba a entregarlo”. Esta designación se encuentra dos veces en el evangelio según San Juan: después de la confesión de San Pedro y luego durante la unción de Betania.

Pero, ¿cómo es posible que Jesús escogiera este hombre y confiara en él? Judas era un amigo íntimo del Señor, que lo acompañó durante tres años, vio muchos milagros y saboreó sus divinas palabras, especialmente las parábolas del perdón, que pudo tocarlo, parparlo, mirarlo, conocerlo. Hasta el último momento lo llama “amigo”, amigo: ¿con un beso vas a entregar al hijo de hombre?, quizá para persuadirlo del terrible acto que estaba a punto de cumplir.

Jesús no lo llamó siervo sino amigo, pero en sus invitaciones a seguirlo por el camino de las bienaventuranzas no forzaba las voluntades, no les impedía caer en las tentaciones de Satanás. Dios llama, el hombre responde voluntariamente. Dios no

obliga, no impone, solamente sugiere e invita. De allí la condición humana de “libre albedrío”.

¿Por qué Judas traicionó a Jesús? ¿Por qué hoy, también nosotros lo traicionamos?

A esas preguntas, podemos dar varias respuestas:

- Algunos afirman que Judas tenía gran avidez por el dinero. De hecho, Judas, era el ecónomo del grupo. La Escritura lo llama “ladrón”. Judas, en una ocasión, critica a María porque derramó una libra de nardo auténtico muy costoso, le ungió a Jesús los pies con su cabellera y no se lo dio a los pobres. Y el evangelista acota que dijo eso “*no porque le importaran los pobres, sino porque era un ladrón, y como tenía a cargo la bolsa, robaba lo que echaban en ella*”. Lamentablemente, hoy, también muchos tienen su corazón metalizado, son avaros, y se postran ante el ídolo del “tener”. San Pablo escribe a Timoteo: “*debes saber que la raíz de todos los males es el amor al dinero. Algunos arrastrados por él, se entrabaron lejos de la fe y se han torturados así mismo con un sin número de sufrimientos*” (1Tm. 6, 10). “*La avaricia –nos recuerda San Agustín- no teme a Dios ni respeta al hombre, ni perdona al Padre ni guarda fidelidad al amigo*”. La avaricia invita a la traición y a la perdición, sus amigas dilectas.
- Otros, queridos hermanos, dan una explicación de carácter mesiánico a lo hecho por el Iscariote. Judas, pertenecía al movimiento revolucionario de su tiempo “Los Zelotes”, que luchaban contra la ocupación romana. Judas, por tanto, habría quedado decepcionado al ver que Jesús no incluía en su programa la liberación político-militar de su país. El mensaje de Jesús fue más bien un mensaje espiritual con repercusiones sociales “*ámense los unos a los otros*” “*mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo mi Padre habría ya mandado los ejércitos para que me defendieran*”. Hoy, muchos laicos, sacerdotes y religiosos, quieren reducir la figura de Jesús a la de un súper-hombre, un guerrillero, un revolucionario, que inspira solamente cambios sociales, políticos y económicos. En cambio, Jesús rechaza la posición de quienes mezclaban las cosas de Dios con actitudes meramente políticas. Rechaza inequívocamente el recurso de la violencia. Abre su mensaje a la conversión a todos, sin excluir a ninguno. Insiste en la salvación integral por un amor transformante, pacificador, de perdón y reconciliación. Su mensaje trasciende lo material e ideológico, es el mensaje del Dios verdadero.
- Finalmente, el Papa Emérito Benedicto XVI insiste en que Judas se dejó seducir por el demonio “*el demonio había puesto en el corazón de Judas, el*

propósito de entregarlo” De este modo, va más allá de las motivaciones históricas y explica lo sucedido basándose en la responsabilidad personal de Judas, quién cedió miserablemente a una tentación del enemigo. Así como tentó a nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, al pueblo judío en el desierto, e intentó tentar a Jesús durante 40 días y noches, el demonio quiere poner en nuestro corazón deseos de apartarnos de Señor, fuente de nuestra vida. No caigamos como Judas en la tentación, sino manténganos firmes en la fe.

¿Cómo terminó la vida de Judas?

Judas acosado por el remordimiento, se encerró en sí mismo, se desesperó, devolvió las treinta monedas de plata a los Sumos Sacerdotes y a los Ancianos y afirmó *“pequé entregando sangre inocente”*. Y, en vez de acudir a Jesús, fuente de perdón y misericordia, se alejó para quitarse la vida. No nos corresponde juzgar su resto, poniéndonos en lugar de Dios, infinitamente justo y misericordioso. Pero si podemos sacar una lección de vida para no caer en este pecado contra la lealtad que debemos a Jesús, pues como dice San Agustín: *“No hay pecado ni crimen cometido por otro hombre que yo no sea capaz de cometer por razón de mi fragilidad, y si aún no lo he cometido es porque Dios, en su misericordia, no lo ha permitido y me ha preservado en el bien”*.

Hace ya varios años, leí un artículo de Martín Descalzo, cuyo título es «Quemar a Judas»... Permítanme, leerles unos trozos.

«Desde hace muchos siglos, en algunos lugares de Europa, se introdujo en la celebración popular de la Semana Santa la quema de algunos monigotes representativos de Judas: ¡¡Mandemos a la hoguera al apóstol traidor!! Pero yo me pregunto si esa ceremonia sería verdaderamente cristiana, o si no sería una ceremonia dramáticamente pagana...

Porque ocurre que, acaso el Iscariote no solo está entre nosotros, sino que somos todos y cada uno de nosotros: ¿Quién, en su vida real, no ha traicionado miles de veces las verdades más queridas? ¿Quién no ha violado sus más hondos sentimientos y malversado sus más formales promesas? ¿Quién no se ha cambiado de chaqueta y orientado hacia el sol que más calienta? ¿Quién no se ha «acomodado» a las nuevas circunstancias? ¿Quién no ha ignorado a su prójimo, que no es otro sino Cristo?

Acaso Judas ha tenido y tiene muchos más seguidores que el propio Cristo... Y es malo reírse de sus treinta monedas. ¿Acaso los motivos por los que nosotros traicionamos valen más que ese miserable precio? ¿Es que una vanidad, un odio, una venganza, una pizca de seguridad o un puesto de mando son en rigor más valiosos?

Mejor será, por si acaso, no quemar a Judas, porque arderían nuestras almas con él... Entremos en la política, en el trabajo, en las mismas iglesias y gritemos desde la puerta «¡Judas!». Veréis cómo millares vuelven –volvemos– la cabeza...


Mejor entendía las cosas aquel niño que a principios de siglo sentía una profunda pena por el apóstol traidor. Aquel niño –George Bernanos se llamaba– dedicaba todos sus ahorros infantiles a mandar decir misas por el alma de Judas. Y como temía que los curas rechazasen sus intenciones si decía por quién las aplicaba, manifestaba en la sacristía que las ofrecieran «por un alma en pena».

Tal vez el pequeño Bernanos intuía que, en realidad, aplicaba sus misas por la humanidad entera. Por nosotros”

Queridos hermanos, renovemos hoy en esta Eucaristía nuestra fidelidad al Señor. Pidámosle al Señor la gracia de la perseverancia final, que nos ayude a rechazar las tentaciones que el demonio nos presenta, engañándonos, ofreciéndonos una felicidad que él no puede otorgar. Hemos de decir NO, decididamente, a todo lo que nos aparte de Dios. Así no se repetirá en nuestra vida la triste historia de Judas. Y si nos sentimos débiles, corramos al sacramento de la penitencia. Allí nos espera el Señor, como el Padre de la parábola del Hijo Pródigo, para darnos un abrazo y ofrecernos su amistad. El Señor continuamente sale a nuestro encuentro, aunque hayamos caído bajo, muy bajo. Él no se cansa de perdonar. Siempre es tiempo de volver a Dios. No reaccionemos con desánimo, ni con pesimismo. No pensemos ¿qué voy a hacer si soy un cúmulo de miseria? Más grande es la misericordia divina. ¿Qué voy a hacer si caigo una y otra vez por mi debilidad? Levantarme, y decir como San Pablo: donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.

Y tenemos otra ayuda poderosa cuando nos sentimos miserables y cuando hemos caído en el pecado: La Santísima Virgen María. Estos días, se acostumbra a realizar muchas representaciones en vivo de la Pasión y muerte de Jesús, en una ellas “*en pleno Viernes Santo una representación teatral de la Pasión de Cristo. En el momento en que Judas escenificaba su desesperación después de haber traicionado a Jesucristo, en un dramático monólogo, el apóstol traidor exclamaba: «¿Qué haré después de lo ocurrido? ¿Quién me acogerá? ¿A dónde podré ir?» En medio del silencio conmovedor de aquel teatro, se escuchó con nitidez la voz aguda de una niña que en su inocencia le pregunta a su madre: «Mamá, ¿y por qué no va a donde la Virgen?».*

También somos Judas nosotros. Acudamos, por tanto, al sacramento de la Confesión, a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María. Amén

+ 
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín.**
Obispo de Cabimas



Prot. 2023/056